



INADI

Instituto para el Desarrollo Industrial
y la Transformación Digital A.C.

La voz del INADI Núm. 28



El Desorden global. Algunas de sus causas*

Arturo Oropeza García | enero, 2026





La crisis geopolítica que vivimos no comenzó hoy, como tampoco surgió de la crisis económica 2007-2009. Tampoco a principios del siglo y milenio. En este sentido la inmediatez no ayuda a vislumbrar lo que acontece en la arena global. La antropología histórica, como recomienda Morris, para entender los cambios de un siglo tan atípico como este, resulta de la mayor ayuda.

I. El cambio axial de los 70

Al final de los 30 años gloriosos, como se les llamó por el éxito de sus resultados a las primeras tres décadas que siguieron a la posguerra, empezaron a sembrarse las raíces de los problemas que se enfrentan ahora.

En medio de sus primeros problemas económicos después de 1950, Estados Unidos abandonó en 1971 el patrón oro, entre otras cosas, por sus problemas inflacionarios y presupuestales acarreados por la guerra de Vietnam, lo cual fue una de las causas de las primeras crisis económicas globales. De igual modo, el abundante déficit comercial que ahora le inquieta tanto al presidente Trump, tuvo su punto de partida desde 1971, cuando comenzó una declinación en su balanza comercial que a lo largo de estos casi 50 años no ha parado en ningún momento y que solo en 2016 le llevó a perder 734 mil millones de dólares con el mundo, de los cuales 532 mil millones de dólares le correspondieron a Asia, (350 mil millones de dólares los perdió con China); 165 mil millones de dólares a Europa y el 8% aproximadamente a México.

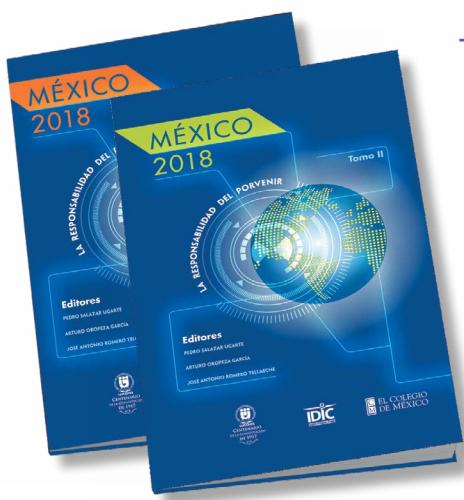
En este periodo también inicio el declinamiento de las tasas de crecimiento económico e industrial del mundo desarrollado, en el marco de la primera crisis del petróleo de 1973-1974.

De manera importante, en el marco teórico dio inicio la aparición de nuevas líneas del desarrollo económico como las que encabezaron Daniel Bell, Hage, Block, Powers, etc.¹ quienes postularon la preeminencia de los

* Este ensayo forma parte del libro "México 2018, La responsabilidad del porvenir", publicado en 2018.

https://www.inadi.mx/_files/ugd/527291_3dc1e82b42ea471294c068afcdf5ec15.pdf

¹ Daniel Bell, en una obra destacada de su tiempo (El advenimiento de la sociedad postindustrial, 1973), alerta con antelación a una sociedad hipersensible al fenómeno del cambio industrial, que la época conocida como Revolución Industrial estaba llegando a su término y que una nueva Era post-industrial dominada por los servicios de la Era de la información (comercio, finanzas, salud, educación, etc.), en un nuevo maridaje entre ciencia y tecnología, pasaría a ser el detonante del desarrollo. Que una nueva Era soportada por el cambio industrial a lo electrónico; la miniaturización (nanotecnología); la digitalización; y el software en sus diversas expresiones, advertían ya de una nueva sociedad global dominada por la inteligencia y el conocimiento tecnológico, los cuales desplazarían al trabajo mecánico, eléctrico y electromecánico de la otrora Revolución





servicios de la era de la información sobre la actividad industrial, lo cual influyó de manera relevante en la visión de las políticas públicas del momento, mismas que en un falso debate, optaron por privilegiar un nuevo mundo económico de la inteligencia, lo cual desde luego fue un acierto, salvo que la nueva política no solo pasó a segundo término a los quehaceres industriales y manufactureros, sino que en una especie de descuido mayor los colocaron en un subnivel de desarrollo interno y apoyo público.

Junto con ello, la corriente del capitalismo social que había logrado imponerse en buena parte de la sociedad global al final de las guerras, que llevó a operar como ya se dijo, un mayor intercambio económico y comercial en el mundo, junto con la aplicación de una amplia gama de políticas sociales, ante el inicio del olvido del holocausto y el empuje de las élites económicas cosmopolitas (como las llama Nye) permitió que resurgiera una escuela de pensamiento económico que si bien estuvo presente desde los años decisivos de finales de los cuarenta, la voluntad de un mundo más justo la había desplazado a un segundo plano.

El pensamiento económico de la sociedad de Mont Pelerin encabezada por Friedrich Hayek, Mises, Lippman, Erhard y muchos otros, reapareció en los setenta como el fundamento (Dogma) de una nueva política pública que olvidó sus compromisos económicos de postguerra, alejando al Estado de su responsabilidad social. Al respecto lamenta Sachs "Afortunadamente para mí, yo fui educado en los méritos de la economía mixta durante mis años de estudio (1972-1980), por intelectuales de gran talla que orientaron a la economía americana después de la segunda guerra mundial. Esta era de pensamiento económico que se prolongó de 1940 a 1970 fue llamada como la Era de Paul Samuelson, el economista genio del MIT que personificó al profesionista económico durante el apogeo del liderazgo global de América. Más que ningún otro economista de su tiempo, Samuelson proveyó de los fundamentos intelectuales a la moderna economía mixta que operó en Estados Unidos y en Europa después de la segunda guerra mundial". "La crisis de los 70 –agrega Sachs– abrió la puerta a los ataques sistemáticos

Industrial. Respecto a su visión y su propuesta, a pesar de que claramente señalaba desde el inicio del título que se trataba de una Era por venir (la cual el mismo Bell en 1999, en documentos de seguimiento la ubicó partir del siglo XXI), no fueron pocos los tomadores de decisiones –como Václav Havel, Margaret Tacher o el propio ex presidente Clinton– así como toda una corriente académica a nivel global, que festinaron no solo el aviso del cambio, sino el desmantelamiento de sus propias estructuras industriales. Al respecto, con toda oportunidad, comenta Marsh: "Para todo lo que se ha hablado de que el mundo se está trasladando a una era 'post-industrial', las fábricas a principios del siglo XXI están produciendo considerablemente más bienes que antes. En el año 2010, la producción manufacturera fue aproximadamente 150% mayor que en 1990, 57 veces más de lo que fue en 1900 y 200 veces superior a la producción en 1800" (Marsh, 2012, p. 15; Oropeza, 2013, p. 217).



a las teorías de economía mixta de Samuelson, que sostuvieron, tanto el auge económico como el compromiso social de postguerra, dando paso a una nueva escuela de pensamiento liderada por Milton Friedman y Friedrich Hayek, los cuales introdujeron en substitución de la economía mixta a la economía de mercado" (Sachs, 2012, p. 30).

Ronald Regan (1981-1989) en Estados Unidos y Margaret Thatcher (1979-1990) en Inglaterra, como se sabe, fueron los principales instrumentos políticos, que cobijados en una nueva era postindustrial y en un nuevo dogma económico neoliberal, dieron inicio al desmantelamiento de la economía mixta y la responsabilidad del Estado con la sociedad, enarbolando un dejar hacer- dejar pasar que radicalizó desde entonces y hasta hoy las contradicciones de un modelo económico que ahora se le acusa con no poco cinismo, de inequitativo e insuficiente por la mayoría de las economías occidentales.

II. La apertura China de los 70

Eso pasaba en la década de los 70 del siglo pasado en el mundo occidental, que para entonces, por su peso político y económico, parecía que era una realidad omnipresente y universal. Sin embargo, en el otro extremo del mundo, una China olvidada, agotada con los problemas sociales de su exiguo crecimiento económico, también a finales de los setenta tomó la histórica decisión de por primera vez en más de 2000 años del Imperio chino, romper sus murallas y salir en busca de soluciones económicas a sus graves problemas internos. Mao había muerto en 1976, dejando tras de sí a millones de muertos por las hambrunas derivadas del fracaso del *Gran Salto Adelante*. De manera importante, su proyecto de economía planificada no resultó exitoso para resolver sostenidamente las necesidades primarias de la enorme, desde siempre, población China. El artificio chino de ese momento histórico, Deng Xiaoping , urgido primero, de soluciones económicas de corto plazo relativas a comida, vestido y techo, no dudo en voltear la mirada hacia el mundo occidental de su tiempo e insertarse en él de manera por demás exitosa, imponiendo a una nueva realidad económica neoliberal que no conocía, el acento de las *características chinas*, a través de las cuales desde fines de los setenta ha logrado imponerse en todo momento a la dogmática económica occidental.

La importancia de la convergencia de los cambios estructurales occidentales en la década de los setenta, junto con la apertura china, radica en que el momento los une para cancelar lo mejor de los cambios sociales de postguerra, que eran el trabajo formal y las prestaciones sociales. Lo anterior, ante la propia renuncia que hace Occidente de su modelo de economía



mixta, por un lado, y por el otro, la necesidad de una China pauperizada, que en el momento de su apertura y ante la fuerza de su debilidad, ofrece al mundo de la industria y la manufactura un número de 900 millones de nuevos obreros que por un plato de arroz ó 30 centavos de dólar la hora, estaban dispuestos a restablecer el status de precarización laboral que prevaleció en el mundo hasta antes de Bretton Woods y que había sido desarticulado con los cambios de postguerra.

En ese momento el mundo económico perdió la sensatez y el compromiso con las políticas sociales y así como estas se vieron fortalecidas de 1945 a 1970 de manera generalizada, desde 1978 a la fecha, han estado expuestas a un franco deterioro, a veces paulatino y muchas veces drástico, el cual se presenta actualmente como una de las causas principales del descontento de la sociedad global.

A partir de esta coyuntura histórica, Occidente traiciona a Occidente en su compromiso social, aportando el financiamiento, la tecnología y la relocalización de su manufactura hacia China (pero también a Asia del Este) al no estimarla relevante para un nuevo mundo postindustrial, al mismo tiempo que decide su desplazamiento a Asia en busca de las máximas utilidades a través de la precarización de la mano de obra china -asiática. China, por su parte, actúa y decide lo mejor en el marco de su contingencia social y el pensamiento de Deng Xiaoping, el cual desde 1980 se comprometió a dotar de comida, vestido y casa a toda su población durante el último tercio del siglo XX (lo cual cumplió) y a proporcionar en la primera mitad de este siglo, como parece que lo hará, de un ingreso de país intermedio a su enorme población de 1,350 millones de habitantes.

Las consecuencias globales de estas decisiones en materia de empleo y prestaciones sociales en el sector industrial, son que el 75% de la mano de obra en manufactura en el mundo se encuentra actualmente monopolizada en un 50% por parte de China y 25% por India. De igual modo, por un 84% por las naciones en vías de desarrollo, principalmente asiáticas y un 16% por países desarrollados. En materia de salario el resultado ha sido que los empleos y los ingresos laborales de Occidente y el mundo en general se han venido pauperizando progresivamente al formar parte ahora de una matriz global que precariza la prestación social de la mano de obra, en perjuicio de los estándares occidentales. Como efecto secundario, esta lógica del empleo global también incide en el aumento de la informalidad en el mundo, la cual en el caso de América Latina registra niveles promedio del 50% (2015, CEPAL).

Es cierto que actualmente una buena parte de China cubre salarios semejantes o superiores a los de México, y que cerca de un 80% de su población formal, cuenta con prestaciones sociales. Pero también resulta cierto que una gran proporción de sus poblaciones centrales y occidentales



todavía están lejos de esta realidad económica, en ese universo todavía confuso de las muchas Chinas dentro de China. Sin embargo, este factor ya resulta irrelevante, porque está práctica sistemática de la precarización asiática se ha extendido a una mayoría de la población de Asia del Este y del mundo en desarrollo en general, la cual, bajo el mismo modelo de explotación ,no duda en intentar el camino de su desarrollo a partir de exiguos salarios y nulas prestaciones sociales de su gente (Vietnam, Bangladesh, India, etc.), lo cual ahora es aprovechado no solo por las multinacionales occidentales sino también por los propios consorcios asiáticos.

El problema de esta realidad de salarios precarios en manufactura (que cuenta en caso de prolongarse con un back up de respaldo en los más de 1000 millones de habitantes de África o 1,200 millones en India, etc.), es que juega permanentemente como un factor de inhibición para el aumento de salarios reales tanto en Occidente como en América Latina, ya sea de manera real (porque esa cantidad de puestos de trabajo pueda trasladarse efectivamente a Asia en condiciones de precariedad) o inducida (que amenacen a los trabajadores en relocalizar, como un chantaje para no incrementar sus salarios y prestaciones). Esta mecánica que rompió de lleno con el espíritu de Bretton Woods, es una de las razones más fuertes hasta hoy (habría que sumar a partir del 2000 la variante de la substitución tecnológica) de la perdida de la plusvalía de los salarios de las sociedades occidentales y de los índices per cápita de estos países, los cuales como en Grecia -22%, Portugal -5%, España -7%, Italia -11%, pero también Francia -1% e Inglaterra -4%, han visto disminuir su ingreso en los últimos años (Índices P/C 2007-2014, CEPAL, 2015). En el caso de México, los últimos 30 años se ha perdido el 75% del poder adquisitivo del salario. Y en Estados Unidos, por ejemplo, el ingreso anual medio de los hogares de 2007 a 2014 perdió 4.6%; y un 25% en cuanto al salario anual promedio en el mismo periodo (Godínez, De los Ríos, 2015).

La precarización asiática no es la única responsable del rompimiento del compromiso social de Bretton Woods y sus consecuencias económicas y comerciales en el mundo, pero no cabe duda que es una de sus causas más importantes.

III. La consolidación del modelo asiático de desarrollo

China no fue la autora del modelo asiático de desarrollo (Socialismo de Mercado), como tampoco lo fue de su estrategia central que se basó en la creación de las Zonas Económicas Especiales (ZEE). Lo que hizo el caso chino fue evidenciar la preexistencia de una estrategia de desarrollo con



características asiáticas, que ya había sido implementada por otras naciones del área, ante lo espectacular de sus resultados económicos y la significancia de su enorme población.

Desde esta perspectiva, Japón resulta ser el autor de este modelo híbrido de desarrollo que surge en el siglo XIX como una respuesta a la escalada hegemónica de las naciones occidentales de la época. En el marco de apropiación de Occidente de los pueblos asiáticos, que se inicia con la llegada de Vasco de Gama a la India (1498), si bien este último país se vence ante el invasor inglés, China se dobla pero nunca se rinde al clúster de potencias occidentales que la invadieron en múltiples ocasiones a partir de la guerra del opio (1839-1842) a lo largo de los siglos XIX y XX. Japón, a diferencia de India y China, toma la decisión de no confrontarse y por el contrario, busca su asimilación con la oleada occidental a través, primero, de un ordenamiento interno de lo político a cargo de la dinastía Meiji en 1867, que acaba con la división del poder de los señores feudales que había prevalecido a la fecha; y segundo, por medio de una inteligente decisión de copiar las principales fortalezas del enemigo. Esta estrategia de asimilación se bordó principalmente a través de dos campos que se estimaron de la mayor relevancia por el primer estadista asiático moderno, el Emperador Meiji Tennō (1867-1912) que de manera inmediata a su ascenso al poder ordenó el estudio de las instituciones occidentales por medio del contacto directo con las potencias europeas, lo cual dio como primer resultado, en el terreno político, la constitución japonesa de 1888, y en el terreno económico, su sensibilidad lo llevó a comprender que la diferencia económica de su tiempo entre Occidente y Asia estribaba en el saber industrial, el cual también adoptó como una línea principal de su periodo, organizando en 1877 la primera gran feria industrial en el primer parque construido para el efecto en la localidad de Ueno, la cual fue solo la primera de una larga lista de ferias industriales patrocinadas por el Estado japonés. Esta significativa política de salida fue acompañada por una apropiación del saber occidental por medio de todos los medios a su alcance: compra de tecnología, contratación de personal foráneo especializado, copia de tecnología y desde luego, por una amplia campaña interna de educación que derivó, todo en su conjunto, que a finales de siglo XIX Japón fuera ya considerada una potencia industrial, y que en la primera mitad del siglo XX, en una estimación desafortunada de ese éxito, Japón decidiera dos invasiones a China y su participación malograda como hegemon asiático en la conflagración de 1939.

Lo anterior lo único que intenta destacar es la toma tan importante que hace Japón del quehacer industrial occidental en un periodo tan corto, elevándose con ello de una nación pre moderna a un hegemon mundial industrializado. De igual modo, lo que se resalta es el maridaje de la toma del conocimiento industrial occidental por parte de una cultura y una idiosincrasia diferente, que en la combinación del quehacer político y económico da como resultado una estrategia de desarrollo con características propias.



Mucho se ha especulado al respecto. Primero, negando la posibilidad de la existencia científica de un modelo asiático del desarrollo. Despues, con el señalamiento de que si bien, puede hablarse del tema, los autores del mismo transitán desde Alexander Hamilton, pasando por List y ampliando con Bismarck. Sin negar la influencia de estas y otras fuentes de un modelo que a todas luces se ha centrado en la impronta de un desarrollo basado en el quehacer industrial y científico que predomina en Occidente desde la primera Revolución industrial, lo que lo hace diferente y le da la particularidad de asiático, deviene no de las instituciones políticas occidentales que adopta, sino de esa milenaria visión del poder asiático y su relación con su sociedad, donde desde hace más de 2,000 años las formas políticas se significan por su laicismo, al mismo tiempo que por su verticalidad y diferentes grados de autoritarismo. Donde el equilibrio de su poder se remonta a la milenaria asociación confuciana de gobernante –súbdito, donde para el gobernado es un deber incuestionable el respeto al Estado, como para el gobernante– Estado es una responsabilidad irrenunciable el cuidado permanente del bienestar del súbdito. Esta matriz del poder político es la que explica la carta de naturalización del modelo asiático de desarrollo y sus principales diferencias con el modelo occidental, máxime que este último, como ya se indicó , desde siempre pero más en las últimas décadas se ha insertado en un debate interminable entre Estado y Mercado que no acaba de tener una respuesta cabal ni en la dogmática ni en la aplicación de las políticas públicas occidentales, y que día a día acrecienta su papel de asignatura pendiente como denuncian Sachs, Judt, Mazzucato y otros. Lo anterior sucede frente a un modelo asiático de desarrollo que desde siempre dejó resuelta esta polémica política- intelectual, concentrando toda su energía y estrategia en la obtención de un desarrollo donde el Estado jamás ha dudado de la importancia de su participación.

En este sentido Japón, y desde luego Taiwán (antes Formosa), Corea, Singapur, China y los demás países de Asia del Este, con amplia influencia confuciana, no necesitaron aprender de los papeles Fundamentales de Hamilton (1757-1804) el rol protecciónista del Estado; ni tuvieron que leer de List (1789-1844) sus tesis sobre el Sistema Nacional de Economía Política, donde también explica la importancia del papel del Estado para el desarrollo de un plan industrial y crecimiento económico de cualquier país. Tampoco requirió de investigar el manejo de posturas protecciónistas para favorecer el crecimiento y desarrollo de la actividad industrial adoptado Bismarck desde la década de los setenta del siglo XIX, en el marco del apenas surgimiento del Estado Alemán (1871). No tuvo la necesidad de hacerlo, no solo como un punto de partida para el buen desarrollo de un proyecto industrial nacional, sino como una política permanente y sustentable para el éxito del mismo, que es su principal diferencia con Occidente, porque desde el periodo



anterior a la era moderna ya existían los libros del confucianismo que regían el actuar de la política pública oriental. El libro del Gran Saber, Doctrina de la Medianía, las Analectas de Confucio, Mencio, entre otros, desde el siglo V a.C. y en diversos momentos de la civilización China, rigieron desde entonces como textos básicos de los exámenes imperiales, donde se le enseñaba al funcionario público sobre la responsabilidad y buen gobierno del Estado, entendiéndose por ello desde el amor y el ejemplo del Estado sobre sus gobernados, hasta el vínculo indisoluble de respeto y responsabilidad entre Estado y gobernado donde el superior, el Estado, tiene la obligación de proteger al inferior, y este a su vez de ser leal y guardarle respeto, como un orden natural de las cosas.

A lo largo de los siglos, la participación del Estado asiático en el buen gobierno y el éxito en su ejercicio ha tenido visos de categoría ética, de costumbre permanente y no de mecanismo coyuntural de apoyo al despegue de cualquier proyecto público. Por ello, el dilema Estado- Mercado prevaleciente en la arena occidental, no es un tema que forme parte de la preocupación pública del Estado asiático moderno, lo cual se transforma en una de las grandes diferencias del quehacer público oriental y occidental en la economía global, lo que ha sido una de las razones principales de la prevalencia del primero sobre el segundo. Todas estas interrogantes, no muy claras para la dogmática occidental, Deng Xiaoping las resolvió cuando sobre el tema declaró que "No existe una contradicción fundamental entre el socialismo o sea la participación económica del Estado- y una economía de mercado", agregando que era incorrecta la afirmación de que la economía de mercado solo existe en la sociedad capitalista; resumiendo sobre la postura china que "Actualmente hay dos modelos de desarrollo productivo. En la medida que cada uno de ellos sirva a nuestros propósitos, nosotros haremos uso de él. Si el socialismo nos es útil, las medidas serán socialistas, si el capitalismo no es útil las medidas serán capitalistas" (Oropeza, 2008, p. 45). O sea, tanto Estado como nos convenga y tanto Mercado como sea posible. Al respecto Huntington concluye "Los asiáticos del Este atribuyen su espectacular desarrollo económico, no a la importación de la cultura occidental, sino más bien a la adhesión a su propia cultura. Estamos teniendo éxito, afirman, porque somos diferentes a Occidente" (Huntington, 1996, p. 109).

La década de los setenta, insistimos, es un territorio no acabado de explorar donde se encuentran muchas de las causas originales del desorden global que acusamos hoy en día.

En esa década se deciden la mayor parte de los cambios estructurales que rompen con la idea original de Bretton Woods de un mundo más integrado con alto grado de compromiso social. El capitalismo desaforado vuelve a tomar control de las cosas desde fines de los setenta y hoy sus resultados responden a la mayor parte de la insatisfacción global. La traición



a un mundo de postguerra con compromiso social se perpetró desde el momento en que en el marco de la primera apertura china (1978), llegaron los grandes capitales para no pagar prestaciones sociales y cubrir sueldos de hambre.

Junto con ello, la por demás exitosa incorporación de China en la economía global a fines de los setenta, a través del ejercicio amplio de un modelo de desarrollo protagónico y heterodoxo, con características asiáticas propias, han desembocado, entre otras causas, al rompimiento de paradigmas económicos antes generalmente aceptados, como el liderazgo geopolítico de Estados Unidos, así como el ciclo de una era Occidental del Atlántico.

Lo paradójico de esta pérdida de Occidente respecto a Asia del Este, es que el milagro chino, y ahora asiático, fue hecho con financiamiento, relocalización y tecnología proveniente de las élites cosmopolitas occidentales, que en su visión cortoplacista de Mercado, perdieron la supremacía ante una visión de Estado de las civilizaciones asiáticas.



Arturo Oropeza
Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la
Universidad Nacional Autónoma de México (IIJ, UNAM).
Presidente del Instituto para el Desarrollo Industrial y la
Transformación Digital A. C. (INADI)

ENERO 2026